

impusieron una certeza y una credibilidad, no siempre compatible, de visión. En la misma línea están los comentarios de Herrera y Reissig citados por el autor.

Más allá de los comentarios que puedan resultar obvios por ser ya conocidos, y de estar incompleta la bibliografía consultada sobre algunos de los autores estudiados (la de Delmira Agustini, por ejemplo) *Los bordes de la letra. Ensayos sobre teoría literaria latinoamericana en clave cosmopolita* es un libro disfrutable. Sus logros están asociados a esos momentos claves de la discusión, cuando el autor no exhibe dependencia con las modas críticas y los clisés terminológicos que agobian a los estudios literarios académicos. Cuando Fielbaum S. se anima a mirar por su propio periscopio, descubre perspectivas no consideradas, tanto de los textos como de los autores estudiados. Ahí están sus mayores aciertos, incluso aunque pueda parecer que se equivoca.

Eduardo Espina  
Texas A&M University

---

FELIPE GÓMEZ GUTIÉRREZ y MARÍA DEL CARMEN SALDARRIAGA, editores. **Evelio Rosero y los ciclos de la creación literaria**. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2017. 272 pp. ISBN: 978-9-5878-1063-9.

A medio camino entre los escritores muy conocidos y los perfectos desconocidos, son muchos los autores colombianos que no han tenido la suerte que tiene Rosero de contar con un compendio de artículos sobre su obra tan dedicado y abarcante como este. Su eje temático, como lo indica el título, es la comprobación de que hay elementos constantes a lo largo de una obra extensa y heterogénea. Sea en la novela histórica, en la poesía, en el teatro, o incluso en la literatura infantil y juvenil, Rosero tiene un estilo y una temática recurrente que los ensayos reunidos en este volumen se proponen desentrañar. Más que un autor repetitivo, se trataría pues de un autor que reflexiona a través de cierta repetición.

De manera poco convencional, el libro empieza con una entrevista inédita a Rosero, a quienes los editores conceden no la última, sino “la primera palabra” (27). En la entrevista, el escritor nariñense nacido en Bogotá se declara eminentemente narrador, refiriéndose a su dramaturgia y lírica como obra menor (30). Como es de esperar, el libro se plantea a contrapelo de ese tipo de pronunciamiento. Los doce ensayos del

libro están organizados en cuatro secciones. La primera se ocupa de aproximaciones generales a “las preocupaciones estéticas” del autor (19); la segunda de su relación con la novela histórica; la tercera trata sobre *Los ejércitos*, la muy comentada novela de 2010; la cuarta, más breve, sobre los libros infantiles. Tal estructura responde al hecho ineludible de que *Los ejércitos* logró una trascendencia muy superior a las diez novelas que la preceden, así como a la producción del autor en distintos géneros. Sin ignorar tan evidente asimetría, el volumen busca evitar que el escritor se eclipse a sí mismo.

La primera sección incluye artículos de Juliana Martínez, Julio Quintero, María del Carmen Caña Jiménez y Jorge Chen Sham. En un lúcido análisis, Martínez se ocupa de lo fantasmático en Rosero a partir de Jacques Derrida, tema que Quintero retoma, con un vocabulario distinto, en su discusión del gótico en *Los almuerzos* (2001). Caña Jiménez y Chen Sham abordan los temas de la enfermedad y la mirada, respectivamente: verdaderos leitmotifs en la obra del colombiano. Cabe preguntar en qué medida los hallazgos de Martínez son exclusivos a Rosero o si la fantología que identifica en *En el lejero* (2003) podría abarcar también a otros escritores. Ello hace parte de una tendencia general del volumen a sustraer al autor de su entorno literario. Tal tendencia bien puede ser un costo a pagar por tratarse de un volumen monográfico; con todo, hubiera podido subsanarse mediante un mayor desarrollo de las relaciones intertextuales, sin desmedro del gran acierto del volumen, que son las intratextuales. Sea ello como fuere, otra omisión que conviene notar, en el artículo de Chen Sham y en otros, es la pregunta por un posible masculinismo en Rosero. Chen Sham discurre, verso a verso, sobre la figura del *flâneur* en *Las lunas de Chía* (2004), incluido un procaz encuentro con “una vieja prostituta, todavía con esperanzas” (108) que, en su lectura, revela aspectos formales del yo poético sin formular interrogantes más profundos sobre la representación de lo femenino en Rosero. Un artículo posterior de Carlos-Germán van der Linde, enfocado en *Los ejércitos*, sí abordará la problemática de la obscenidad y la abyección.

La segunda y tercera sección componen el núcleo del libro; presentan la línea editorial más sostenida de la compilación. La apuesta, explícita en la mayoría de los ensayos de estas dos secciones, es por leer a Rosero en clave realista, incluso como autor de novela histórica. De tal modo, Iván Vicente Padilla Chasing, Carolina Houde y Cecilia Caicedo Jurado hacen explícitas las correspondencias entre obras de Rosero y fenómenos como las guerras de independencia o el paramilitarismo. Padilla Chasing observa con acierto que la Independencia se piensa de modo distinto en Nariño, y por tanto en Rosero, al resto del país (131). Por su parte, Houde señala que el autor no trata de reconstruir el pasado sino de reconsiderar la memoria histórica (147), operación que Caicedo Jurado describe como una “recontextualización” (153). La tercera sección aborda una problemática similar, pero enfocándose, sin resistirse ya a su fuerza gravitacional, en *Los ejércitos*. Alberto Fonseca ahonda en la cuestión fantológica, mientras que

Carlos Gardeazábal Bravo aporta una perspicaz consideración de la representación de los derechos humanos en Rosero. Para Gardeazábal Bravo, Rosero modela una empatía reflexiva que remonta los límites del sujeto liberal. Van der Linde, como ya se dijo, estudia los regímenes del ver y de la afectividad.

A cuatro manos, Polina Golovátina-Mora y Ana María López Carmona cuestionan el encasillamiento que conlleva la categoría de “literatura infantil y juvenil” para referirse al carácter posmoderno, según las autoras, de la obra en cuestión. Para Rosero los adultos llevan un niño dentro y los niños son más que niños, proponen (227). María del Carmen Saldarriaga, en el último ensayo de la compilación, desarrolla ese planteamiento con lucidez, examinando la representación del continuo de la sexualidad infantil y adulta en la trilogía compuesta por *Mateo solo* (1984), *Juliana los mira* (1987) y *El incendiado* (1988). Completa el volumen una bibliografía actualizada y una útil cronología de premios literarios que dará quehacer a los sociólogos de la literatura.

Como queda claro, *Evelio Rosero y los ciclos de la creación literaria* es la obra de referencia definitiva para los estudiosos del autor y para quienes busquen indagar más allá de *Los ejércitos*. Se trata además de un aporte a la importante tarea de dar densidad crítica a la discusión, a veces dispersa o meramente periodística, en torno a la literatura colombiana contemporánea. En la medida en que la obra de Rosero siga encontrando eco, más allá del colombianismo, en el latinoamericanismo y en traducción, podría contribuir también a tender lazos entre diversas comunidades literarias y académicas. Por sí solo, un libro no puede subsanar tantas brechas; cuando menos, Gómez Gutiérrez y Saldarriaga se lo proponen.

Héctor Hoyos  
*Stanford University*

---

EDITH NEGRÍN. *Letras sobre un dios mineral: el petróleo mexicano en la narrativa*. Ciudad de México: El Colegio de México; Universidad Nacional Autónoma de México, 2017. 391 pp. ISBN: 978-607-628-228-1.

En *Letras sobre un dios mineral*, Edith Negrín traza cómo la literatura petrolera ha documentado los cambios sociales de la cultura mexicana, realizando una lectura de narraciones de autores nacionales y extranjeros sobre la industrialización del crudo en México en el siglo XX (17). La autora propone que la ubicuidad del petróleo ha